

CRÓNICA

Domingo, 18 de Mayo de 2008, número 657

DIRECTORIO

- Portada
- Números Anteriores

OTROS SUPLEMENTOS

- Magazine
- Crónica
- El Cultural
- Su Vivienda
- Motor
- Viajes
- Salud
- Ariadna
- Aula
- Campus
- Natura
- Náutica

elmundo.es

- Portada
- España
- Internacional
- Economía
- Comunicación
- Solidaridad
- Cultura
- Ciencia/Ecología
- Tecnología
- Madrid24horas
- Obituarios
- DEPORTES
- SALUD
- MOTOR
- Metrópoli
- Especiales
- Encuentros

ATENTADO | DE LEGUTIANO A MÁLAGA "Soy María Victoria, la esposa y viuda..."

En Navidad ella trabajó en Carrefour para completar el sueldo del guardia civil. Su marido pidió el País Vasco porque los bancos no le daban el crédito para un piso... Vida y tragedia de la última familia rota por ETA.

INMA MEJIAS | JUAN SÁNCHEZ

Había dado cita a España el viernes a las seis de la tarde. Llegó puntual. Sin maquillaje y con el pelo simplemente recogido. O sea, a cara descubierta. Sólo una medalla refulgente, la Cruz de oro al mérito de la Guardia Civil, rompía el negro de su pantalón y camiseta. Luto de clase trabajadora. Como el de otros cientos de mujeres a las que el terrorismo también arrancó de cuajo la alianza. María Victoria Campos es la última viuda de ETA.

El cordel verde de la insignia llevaba 48 horas rodeando su cuello, desde que el presidente José Luis Rodríguez Zapatero le colgase la condecoración a título póstumo concedida a su marido, el agente Juan Manuel Piñuel Villalón, asesinado el miércoles por ésos que nunca van a cara descubierta.

El reverso oscuro de la medalla es la noche cerrada de una madrugada en Legutiano, Alava. Una ronda de guardia en torno a la casa cuartel. Un coche bomba de ETA. Un estallido. Y por los aires vuelan los 41 años del agente Piñuel y la posibilidad de volver a jugar en un parque de Málaga con su hijo Juan Manuel, de seis años. Como ambos hicieron el pasado lunes.

"Soy María Victoria, la esposa y viuda de Juan Manuel Piñuel Villalón". Con frialdad y la mirada perdida en aquella madrugada, esta andaluza de 38 años consiguió terminar la lectura de su declaración sin derramar una sola lágrima.

Su comparecencia recordó a la de Concha Martín, viuda del teniente coronel Pedro Antonio Blanco García, hace ocho años. "Concha de Acero", como la bautizó Crónica, se enfrentó a una entrevista en Televisión Española, a los seis días de que su marido fuese asesinado por ETA mediante el mismo método del vehículo bomba que mató al agente Piñuel. Doce minutos de respuestas enteras y secas de llanto.

Concha Martín rompió a llorar nada más pudo cobijarse en la intimidad del camerino. María Victoria Campos probablemente siga haciéndolo todavía ahora.

No son sus primeras lágrimas. Lleva muchas derramadas desde que en enero su Manolo se fue, tras pedir el traslado voluntario, al "Pañh Vahco", como dice con su dulce acento andaluz. Ella no quería. El, tampoco. Pero el peaje de tres años en el norte le aseguraba poder elegir destino, después, en la comandancia de Málaga, y quizás comprarse una casa.

A María Victoria no le gustaban para su hijo las casas cuartel, "muy deterioradas". Cuando ambos coincidían en Málaga dormían en una habitación en casa de los padres de ella. El ingreso extra del plus de peligrosidad era un ahorro tan cruel como necesario para convencer a los bancos que les habían negado un préstamo hipotecario.

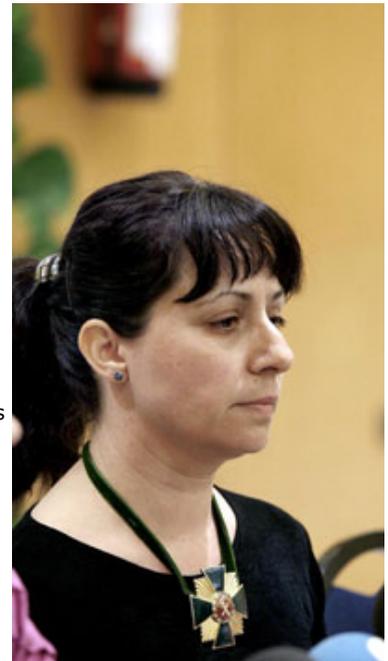
María Victoria se auguraba lo peor desde el primer momento. "Mi hija no quería que se marchara. No le gustaba el traslado, le tenía muchísimo miedo a aquello. Parece que la pobre presagiaba algo", asegura su madre, Victoria Sedeño.

Pese a ello, algunas de sus amigas reconocen que les había comentado su intención de reunirse con su esposo en Vitoria, toda vez que el pequeño Juan Manuel, de seis años, terminara el curso en el colegio Ramón del Valle Inclán en la barriada malagueña de El Palo. No querían estar separados.

Ambos se conocieron en Málaga, gracias a que el padre del agente Piñuel, militar, fue destinado a esta ciudad procedente de Melilla. Allí nació Manolo, como le conocían todos sus allegados. Corría el año 1975 cuando el joven, con tan sólo ocho años, pisó suelo malagueño, junto a sus dos hermanas.

La disciplina del Ejército desde siempre corrió por las venas de Manolo, por lo que a nadie le extrañó cuando decidió, a sus 30 años, enrolarse en la Guardia Civil. Era el 2 de noviembre de 1997. Conoció a su mujer a primeros de los 90 y, desde entonces, la distancia sobrevoló sin cesar el devenir de la pareja.

María Victoria primero vio cómo se tenía que despegar de él mientras cursaba los estudios en la Academia de la Guardia Civil de Ubeda (Jaén), donde consiguió la sexta mejor nota de su promoción, formada por 913 aspirantes. Tras hacer las prácticas en Cádiz, donde estuvo dos años, y pasar un tiempo por Zaragoza, regresó a su Mediterráneo adoptivo.



Luego fue destinado a la casa-cuartel de Lombai (Valencia), donde permaneció seis años en los que sí le acompañaron su mujer e hijo. María Victoria empezó a cogerle tirria a las casas cuartel, que no le gustaban para su hijo. Allí empezaron los primeros apuros económicos. Que las jornadas se estiran en la Benemérita, pero el sueldo, mucho menos. Sobre todo cuando con ese salario tiene que comer toda la familia.

María Victoria había probado a trabajar en muchos sitios, pero nunca había tenido fortuna. Estaba dispuesta a cualquier cosa por cumplir el objetivo que se había marcado junto a su marido: comprarse un piso en Málaga.

Durante la pasada Navidad le salió, por fin, un pequeño trabajo temporal como vendedora de móviles en el hipermercado Carrefour del municipio malagueño de Rincón de la Victoria. Así que hizo las maletas, las suyas y las del pequeño José Manuel, y salió de Lombai con destino a casa de sus padres. De nuevo la distancia, pero todo con tal de sumar algún euro a los que intentaba acumular su marido.

Manolo se dijo que puesto a estar separados, mejor sacar más dinero en el País Vasco, un destino donde las diversiones son pocas y, por si acaso, mejor no salir del cuartel.

Durante estos días, María Victoria ha recordado minuto a minuto la semana de permiso que Juan Manuel acababa de pasar en Málaga con ella y Juan Manuel. Todos los momentos vividos hasta su partida el pasado martes, 15 horas antes del atentado, cuando le dio su último beso. Ella estaba más animada, porque veía a su esposo contento. Incluso la había invitado a visitarlo en Alava, junto con su hermana y el marido de ésta.

LLAMADA A LAS 03.00

Volvió a escuchar su voz al caer la noche, cuando supo que había llegado bien a Legutiano, que la quería y que pronto volverían a estar juntos. Fue una despedida triste. Sobre las 03.00 horas un responsable de la Comandancia de la Guardia Civil de Vitoria cogía el teléfono. Marcó el número y el teléfono retumbó en el 24 de la calle Rodrigo de Saavedra de Málaga.

Saltó de la cama y descolgó. Manolo había sido asesinado por ETA. Despertó a su madre. "Nena, eso no puede ser verdad", le respondió Victoria Sedeño. Al día siguiente, María Victoria se encontró rodeada de autoridades en una capilla ardiente. Contemplaba el féretro de su marido, vestido con la bandera de España y coronado por el tricornio.

Un funcionario leyó el decreto de concesión de la Cruz de oro al mérito de la Guardia Civil al agente Juan Manuel Piñuel Villalón. El presidente Zapatero se la entregó después a María Victoria.

La última viuda de ETA se colgó su medalla y no se la volvió a quitar. Quizás para intentar colmar la distancia. Otra vez la maldita distancia.

© Mundinteractivos, S.A. - [Política de privacidad](#)

Avenida San Luis 25-27. 28033. Madrid. ESPAÑA
Tfno.: (34) 91 443 50 00 Fax: (34) 91 443 58 44
E-mail: cronica@el-mundo.es